

Populismo y medicina alternativa

ANTONIO-MARTÍN PORRAS GÓMEZ
GRUPO JOLY. TRIBUNA, 23.01.2016

HACE unos días me explicaron que la razón de la crisis en España, en realidad la clave de la mala situación del mundo, residía en que los poderes corporativos se habían adueñado completamente de los resortes del poder político. La solución era sorprendentemente fácil: hacer referendos para todo y aprobar una ley de medios para que los grupos corporativos no manipulasen los canales de información, así como una ley contra la corrupción para evitar que los poderes corporativos influyesen de manera ilegítima en los políticos. Hace unas semanas también me comentaron que el problema de nuestro país residía en que había pocos recursos a disposición del Estado, que esto se debía a que los políticos ganaban mucho y la Iglesia tenía excesivos privilegios fiscales, y que todo se solucionaría cómodamente reduciendo el plantel de políticos, así como las exenciones tributarias de la Iglesia.

De manera análoga, hace unos meses me explicaron que el problema en realidad reside en que los ricos se llevan los beneficios sin tributar lo que deben, y que se encargan de ahogar la innovación de los emprendedores para mantener los beneficios de sus empresas. Me contaron que en un pueblo de Málaga alguien había inventado un motor de agua, y que los poderes corporativos se habían encargado de hacer la vida imposible a este pobre hombre. La solución era muy sencilla, subir los impuestos y luchar contra el fraude, y dar más protagonismo al Estado en la política industrial.

Todos estos buenos amigos, que expresaban razonamientos sospechosamente similares a los de determinados opinólogos y políticos que han proliferado recientemente en nuestro país, me llevaron a pensar que los españoles habían encontrado definitivamente la piedra filosofal del conocimiento social.

Simultáneamente a lo largo de 2015, con los casos de sarampión multiplicándose, comprobamos la existencia de un importante movimiento antivacunas. Y ya hace unos días, nos despertábamos con una noticia escabrosa, la de un ingeniero cuyo hijo murió en su casa de Gerona, probablemente por falta de atención médica. Pronto se desveló que en el domicilio de dicho señor existían múltiples libros sobre homeopatía y medicina alternativa.

Claro, todo tiene un porqué, todo tiene una simple explicación, y no hay más que buscarla para encontrar la solución a los problemas. El asma de un crío, el sarampión, o el cáncer, tienen una explicación muy fácil: uno los coge porque andaba deprimido, porque no comía suficientes productos macrobióticos, porque no había abierto sus chakras... o porque sencillamente, no tenía la cantidad de energía positiva suficiente. Lo mismo pasa con los problemas sociales. La desigualdad en España, el desempleo, la corrupción, la falta de innovación tecnológica también tienen una sencilla explicación, ahí, a simple vista... Sólo hace falta aplicar las fórmulas homeopáticas, apuntarse a un curso de reiki, aumentar los impuestos, hacer referendos, inventar un motor de agua, acabar con la casta, o elegir a un líder visionario, para que todo se solucione.

El ser humano tiene una vocación insobornable por entender la realidad que le rodea, y por usar esa comprensión para mejorar sus condiciones de vida. Es la vocación científica de la Humanidad, una constante antropológica. Pero parece que nos olvidamos de que la ciencia, como sostuvo Thomas Kuhn, es un fenómeno social, que se sustenta en un esfuerzo colectivo e institucionalizado, llevado a cabo por comunidades epistémicas que hay que respetar. Parece que vivimos en una sociedad en la que las ciencias de la economía, la sociología, el derecho, o la medicina, no tienen ningún valor, porque cualquiera se erige en científico que se cree sus propias teorías y las aplica como le viene en gana. Falta humildad intelectual en determinados líderes políticos y en gran parte de la sociedad española.

Ante esto, ¿debemos abstenernos de participar en el debate público? ¿Abandonar nuestras inquietudes y resignarnos a los paradigmas imperantes en las comunidades científicas? ¿Constituirnos en una tecnocracia o volver al sufragio censitario? Ni mucho menos. Mejor, ¡seamos todos científicos! Pero por favor, tratemos de usar entonces el método científico. Para lo cual tenemos que comenzar por prestar consideración a los conocimientos acumulados por la comunidad científica y operar sobre los mismos, abandonar el dogmatismo y las ideas preconcebidas, y sobre todo concienciarnos de que la realidad social es compleja, que no existen varitas mágicas, que toda aparente solución genera sus propios inconvenientes, y que en esta historia nosotros no somos los listos y los demás (especialmente aquellos de distinta ideología) los tontos.